

## Linterna mágica

Libro ilustrado por Sergio Mora  
Edicions de Ponent. Onil, Alicante, 2003

### I

La madre de mi amigo Alberto era invisible.

Trabajaba en África como ama de llaves en la casa de un diplomático alemán.

Purgaba en prisión un crimen horrible.

Había muerto antes de que mi compañero de banco cumpliera dos meses.

Administraba una tintorería en la periferia norte de Milán.

Llegué a conocer, y a olvidar, muchas otras versiones que explicaban la ausencia, en el hogar de los Cabrera, de esa mujer imaginaria.

El padre de Alberto, en cambio, era un hombre real, de carne y hueso.

Trabajaba como vigilante nocturno en un depósito del puerto y, obligado por ese trabajo, dormía desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde. A esas horas, en su casa, era inevitable convertirse en devoto de la religión del silencio.

-Antes de venir a mi casa tienes que aprender a seguir mis pasos en la oscuridad, sin tropiezos- me advirtió un día Alberto. Después arrancó una hoja de su cuaderno y, con el lápiz rojo, empezó a dibujar un plano de la vivienda.

A lo largo de muchos recreos, en las semanas que siguieron, me sometió a un entrenamiento físico y mental digno de astronautas. Su método -brutal, ingenuo, eficaz- incluía el relato de escenas hipotéticas y ejemplares que terminaban siempre igual: el señor Cabrera, enfadado porque nuestros ruidosos juegos impedían su descanso, nos arrojaba por una ventana, sin contemplaciones, a la calle.

-¡Desde la sexta planta! -subrayaba Alberto, apocalíptico.

### II

Yo tenía diez años cuando hice la tan temida primera visita al piso sombrío en el que Alberto vivía con su padre. El día "D", un jueves frío y lluvioso, me presenté en el portal del edificio a la hora acordada. Allí me esperaba Alberto.

No habíamos llegado todavía al primer tramo de la escalera cuando mi amigo empezó a repetir las recomendaciones que yo ya conocía de memoria.

Según lo previsto, en el cuarto rellano nos descalzamos y proseguimos con los zapatos en la mano.

Frente a la puerta del piso mi guía se llevó por penúltima vez un dedo a los labios, introdujo la llave en la cerradura y abrió.

El picaporte no hizo ¡clac!

Las bisagras no chirriaron.

Alberto lubricaba todo con aceite de oliva.

Me dejé conducir por el laberinto en penumbra.

Avanzamos, sigilosos, hacia el envolvente olor a cerrado, hacia la fría oscuridad.

Atravesamos innumerables pasillos y salas... Trazos de lápiz rojo en una hoja de cuaderno.

Las persianas bajadas no me impidieron adivinar el incomprensible vacío de esas habitaciones.

Los suelos parecían de hielo.

Al fin llegamos a la cocina.

-Ahora podemos hablar... en voz baja- susurró Alberto, y cerró la puerta con llave.

Sobre la mesa vi los recortes de papel de diario.

¿Por qué una vivienda tan grande para dos personas?

¿Por qué tantas habitaciones sin muebles?

¿Dónde está realmente tu madre?

¿De qué manera...?

Me habría gustado hacer mil preguntas, pero vi la hora en el reloj que colgaba de la pared, junto a la nevera, y comprendí que no podíamos perder tiempo en conversaciones.

Saqué del bolsillo de mi pantalón las hojas secas: pusimos manos a la obra.

El señor Cabrera se despertó a las cuatro.

A esa hora, por suerte, el humo de nuestro primer cigarrillo de geranio y lechuga ya había huido por la ventana de la cocina, hacia el cielo, sin dejar rastros.

### III

Superado con éxito el bautismo de fuego, Alberto consideró que mis visitas no suponían un peligro para el descanso de su padre.

A partir de aquel jueves lluvioso y frío la silenciosa puerta de los Cabrera se me abrió casi a diario, pero las irritaciones de garganta y los dolores de cabeza propiciaron la rápida decadencia de nuestro fumadero.

La cocina, sin embargo, demostró estar dotada de una capacidad de adaptación virtualmente infinita: fue cabaña secreta en lo alto de un árbol; sede de un club social y deportivo; laboratorio de análisis destinados a inventar una bomba atómica invertida, capaz de reconstruir Hiroshima; fue escenario de ejercicios para establecer un revolucionario método de hipnosis mutua y simultánea; fue cueva platónica; garito; gimnasio olímpico...

Un día, en la cocina, Alberto quiso confiarme un secreto importante. Hice el juramento habitual y me dispuse a escuchar, pero mi amigo dijo que el juramento no bastaba: la trascendencia del asunto justificaba un pacto de sangre.

Semanas antes, ya habíamos recurrido a esa experiencia, a propósito de la fórmula de un explosivo que estábamos a punto de inventar y que era imprescindible mantener en secreto. Volvimos a cumplir el rito que sellaba nuestros labios durante treinta años.

-¿De qué se trata? -quise saber, ansioso.

-De la linterna de mi padre.

Toda vez que la oportunidad se presentaba, Alberto decía, no sin orgullo, que el señor Cabrera, en su trabajo, usaba una linterna y un revólver.

La linterna -plateada, fabricada en Holanda, equipada con tres pilas grandes- está grabada en mi memoria.

El revólver... la verdad es que yo nunca lo vi.

Sin esperar más preguntas, Alberto me contó su secreto.

-Un martes, hace dos o tres meses, cuando fui al quiosco a comprar pilas para la linterna, el ciego, el señor Riffel, me propuso un trato. Dijo que yo podía ver algo extraordinario y, además, ahorrar un poco de dinero. Después me mostró unas pilas, iguales a las que yo siempre compraba, pero capaces de transformar la linterna de mi padre en proyector de cine. Le pregunté el precio. Me aseguró que no debía preocuparme por eso: me sugirió que podía pagar contándole las películas. Más que a secreto, aquello me sonaba a cuento, pero no comenté nada.

Alberto prosiguió su relato:

-Pensé que se trataba de una broma del ciego, pero Martha, la sobrina del señor Riffel, me pidió que aceptara. Dijo que a ella le gustaban mucho las películas y el circo, aunque no tenía tiempo para salir porque debía ocuparse de su tío. Me regaló un paquete de pastillas y me acarició la cabeza.

-¿Y qué hiciste?

-Acepté.

#### **IV**

Me costaba entender el objetivo de esa historia.

¿Acaso Alberto pretendía revenderme "pilas mágicas" usadas?

¿Mi amigo más fiel intentaba hacerme objeto de una broma absurda sin pensar en el pacto de sangre que solemnizaba nuestra conversación?

Yo sabía que todos los martes, antes de acostarse, el señor Cabrera dejaba su linterna y una suma de dinero sobre la mesa de la cocina.

Sabía también que todos los martes, después de la escuela, Alberto debía ir al quiosco del señor Riffel a comprar pilas nuevas.

Hasta allí, el relato parecía verosímil. El resto...

El quiosco, poco más grande que una cabina telefónica, estaba en la plaza, a unos cien metros del edificio donde vivían los Cabrera.

Algunos vecinos del barrio decían que el señor Riffel había perdido la vista durante la guerra, bajo el signo de Marte.

Otros vecinos también decían que Riffel había quedado ciego durante la guerra, pero bajo el signo de Venus.

Lo único cierto era que, en cualquier caso, en su quiosco siempre lo acompañaba alguna sobrina, muchachas todas de dieciocho o veinte años. Y, como ocurría con los cigarrillos, las chucherías y los caramelos de menta, su provisión de sobrinas parecía inagotable.

-Volví a casa corriendo -siguió contando Alberto-, puse en la linterna las pilas que acababa de darme el señor Riffel, apagué la luz, cerré la cortina de la ventana y encendí la linterna. No lo vas a creer pero... en la pared de la cocina empezó la proyección de una película. Una de circo, en colores.

#### **V**

A veces, durante las vacaciones escolares, Alberto acompañaba a su padre al trabajo. Esas noches, que yo imaginaba de aventurera vigilia entre barcos de nombres exóticos que flotaban, aquí y allá, en las aguas del puerto, nutrían los extraordinarios relatos que mi amigo solía contarme en la cocina.

Las historias portuarias, abundantes en gatos dotados de palabra, ratas voladoras y marineros con tatuajes en la lengua, tenían la capacidad de dejarme confuso. Mi ánimo perdía pie, vapuleado por corrientes cruzadas de sentimientos contradictorios. La incredulidad a la que intentaba aferrarme por instinto era fácilmente reemplazada por la seductora balsa en la que bogaban, soberanas, la admiración y la envidia.

La historia de las pilas mágicas, sin embargo, me pareció excesiva.

Alberto intentaba tomarme el pelo con un cuento que ni siquiera se beneficiaba del entorno enigmático que proporcionaban la noche y los barcos del puerto.

-Para contarme eso no necesitábamos hacer un pacto de sangre- le reproché.

-Desde ese día -siguió, como si no me hubiera escuchado- he usado las pilas especiales del señor Riffel. Los martes, cuando voy al quiosco, Martha abre la pequeña puerta trasera para

que yo pueda entrar a contarles la película de la semana anterior. No es muy cómodo, porque el quiosco es pequeñísimo y está lleno de mercancías y de cajas, pero Martha es muy buena y me sienta sobre sus rodillas, para que no me canse. En realidad es ella quien se interesa más por lo que cuento; el ciego casi siempre se duerme y empieza a roncar en la mitad de la película. Además...

-¿Qué?

-Bueno... cuando me canso de contar... Martha me da la teta.

-¿Qué?!

-¡Shhhhhh...! ¡Vas a despertar a mi padre!

-Pe... pero... ¿dices que te da la teta? ¿como a un bebé?!

-Sí. Se abre la camisa y me dice: "Toma, querido... chupa... chupa un poquito". Mientras yo chupo... me acaricia la cabeza.

-¿Y... sale leche?

-No, pero igual, es muy bueno.

Alberto se quitó los zapatos, salió de la cocina, se perdió en la penumbra de los pasillos silenciosos, en las habitaciones vacías. No parecía preocupado por su padre, que dormía en el extremo opuesto del gran apartamento.

Me dejó a solas con el eco de lo que acababa de contar, con la memoria de esa escena en la que Martha, la sobrina del señor Riffel, le ofrecía su pecho: "Toma, querido... chupa... chupa un poquito."

Con el mismo deslizarse sin ruido Alberto volvió a la cocina dos minutos más tarde: traía la linterna.

-Tenemos que apagar la luz y cerrar la cortina- dijo.

Yo lo miraba hacer, acodado en la mesa.

## VI

Así empezaron nuestras sesiones de cineclub.

A partir de ese día vimos incontables películas de circo.

Siempre empezaban igual: primero se escuchaban los bronces y tambores de una banda; la música inundaba la cocina, el apartamento, el barrio, la ciudad, el mundo... pero ni Alberto ni yo nos preocupábamos, como si supiéramos que ese estruendo jamás podría despertar al señor Cabrera porque... provenía de otra dimensión, de una realidad diferente.

Después, sobre la pantalla, junto al mueble lleno de platos y cacerolas, aparecía una carpa maravillosa, adornada con miles de banderines y guirnaldas que bailoteaban en el viento.

La intensidad de la música disminuía; la voz del presentador anunciaba la función.

Sí, la película siempre empezaba igual, pero el espectáculo nunca se repetía.

Los magos inventaban cada semana nuevas fórmulas y pases extraordinarios.

Los trapecistas tenían un repertorio inagotable de vuelos y piruetas que parecían desafiar no a una sino a incontables muertes.

Los enanos eran aproximadamente de nuestra altura y hacían más diabluras que los niños, pero resultaba evidente que se trataba de adultos. Reíamos con ellos hasta las lágrimas y, al mismo tiempo, nos producían cierto malestar. Eran divertidos, pero no los amábamos. Nosotros preferíamos la actuación de los payasos.

Gracias a la fascinación que nos producían los valerosos domadores de fieras, durante muchas semanas imaginamos un futuro que nos situaba permanentemente dentro de una gran jaula circular, látigo en mano, rodeados por tigres de Bengala y leones africanos.

La destreza del lanzador de cuchillos parecía no tener límites, como infinita era también la gracia de la funambulista, a quien Alberto encontraba apenas un poquito menos atractiva que Martha.

Los martes el señor Riffel renovaba las pilas, renovaba el programa.

Alberto pagaba contando el film de la semana anterior.

Siempre el mismo sistema.

Gracias al pago en especie, mi amigo ahorró el dinero que su padre dejaba todos los martes sobre la mesa. Al cabo de unos meses pudo regalarle a Martha un anillo de plata.

Cuando mi madre me enviaba al quiosco del señor Riffel a comprar cigarrillos, yo aprovechaba para observar a la muchacha. Lógicamente, la sobrina del ciego no sabía que yo sabía. Ella no podía sospechar que yo también era capaz de percibir los efectos mágicos de aquellas pilas.

¿Cómo transmitirle mi deseo de entrar por la puerta trasera del quiosco, de sentarme en sus rodillas, de contarle una película de circo, de respirar el perfume de sus cabellos y, tal vez, quién sabe, con un poco de suerte... de gozar el supremo placer escondido bajo su camisa? "Toma, querido... chupa... chupa un poquito"

## **VII**

Un martes, como todos los martes, Alberto se presentó en la ventanilla del quiosco y saludó al señor Riffel.

-¿Traes dinero? -preguntó el ciego.

-¡¿Dinero?! Vengo a contarle la película...

-¡Se acabó el circo! ¡A partir de hoy pagas las pilas como todo el mundo!

Sorprendido, Alberto buscó en un bolsillo del pantalón el dinero que su padre había dejado sobre la mesa de la cocina. Se lo entregó al señor Riffel.

Mientras el anciano planchaba y reconocía con sus dedos los billetes arrugados, mi amigo miró hacia el interior del kiosko, buscando a Martha.

El ciego había cambiado de sobrina.

**Fin**